

Nos encontramos, en resumen, ante una novela interesante, escrita con soltura y garbo literario, que se lee con agrado, y que muestra las posibilidades futuras de un excelente escritor en vísperas de ser ya un buen novelista.

J. VILLA PASTUR

MANUEL ARCE. *La tentación de vivir*. Novela. Colección «Ancora y Delfín». Ediciones Destino. Barcelona, 1961.

¿Por qué el hombre, cuando siente que todo a su alrededor se resquebraja, rehuyendo un significado positivo, insiste con toda su voluntad en seguir aferrado a un mundo que considera ajeno? Tras la grácil curva de estos signos interrogativos acecha, arropado a veces en el absurdo, uno de los más pavorosos problemas del hombre actual; del hombre engranado, como una pieza, en el monstruoso artilugio de las motivaciones sociales, al que se le niega hasta la posibilidad de extraviarse, convirtiéndole en una especie de extraño «robot» irresponsable de sus actos y desarraigado de toda transcendencia, por mucha falsa espiritualidad que se quiera inyectar en su vida. Hoy vivimos, queramos o no, en el reino de la mueca estereotipada, de la hipocresía militante y satisfecha, donde la verdad —la íntima y angustiada verdad del existir—, se ha convertido, o se ha disfrazado, que para el caso resulta lo mismo, en mezquina y personal conveniencia. Por eso en el fondo, cuando desechamos todas las cartas que la realidad va colocando sobre nuestro rostro, y nos recluimos en nuestras secretas galerías interiores, ya no sabemos lo que queremos. Hemos perdido la facultad volitiva, y somos como frustrados suicidas arrastrando por la vida, por el valle de lágrimas que es el vivir, la taciturna sombra de nuestro malogrado cadáver. Ese nihilismo, brutal y destructor, de la juventud actual, ¿no es, acaso, la esquila mortuoria —o el anuncio premonitorio— de un suicidio colectivo y simbólico?

Si de estas consideraciones, rastreadas en la más reciente literatura europea y americana, nos volvemos a un caso singular, es decir: al de un ser determinado —un hombre que puede llamarse perfectamente Angel—, para rehuir las generalizaciones, siempre vagas e inciertas, y ceñirnos así a un caso concreto, podemos, entonces tomar como ejemplo una novela publicada hace poco tiempo por un escritor asturiano con renombre ya en las letras españolas por sus anteriores novelas y por sus libros de poesías. Nos referimos a Manuel Arce, y

a su novela *La tentación de vivir*, cuyo protagonista se llama, precisamente, Angel. Debemos advertir, de todos modos, que los síntomas que se advierten en la literatura contemporánea española no llegan nunca a la radicalidad arriba expuesta.

El problema central, básico, de la vida de Angel, el personaje central, y casi único, de *La tentación de vivir*, se arraiga, precisamente, en un «acto no realizado» ante una situación extrema de su vida. Veamos cuál fue, o mejor dicho: qué precedentes de la vida de Angel le van a servir a Manuel Arce para organizar su novela.

Angel nació en Santander, en una familia de modestos artesanos. Tras la guerra, y después de muerto su padre, la suerte se le torna propicia, y triunfa plenamente en su oficio de decorador. Ello le lleva a un matrimonio ventajoso, elevándose así en el plano social. Pero un día sorprende la infidelidad de la esposa, y la mata en unión de su amante. Su proceder, cometidos los dos homicidios, fue el de llevarse la pistola a la sien con ánimo de suicidarse. Pero no lo hizo. ¿Por qué...? Esta es la situación clave de la novela. Angel, después del encarcelamiento preventivo, y de ser absuelto por sus jueces, busca refugio en una aldea montañesa, para analizar con calma su historia y encontrar la ruta de su porvenir.

Nos encontramos con una problemática grata a Manuel Arce. Sus novelas anteriores «Testamento en la montaña», y «Pintado sobre el vacío», publicadas ambas, al igual que la presente, por Ediciones Destino en su Colección «Ancora y Delfín», inciden sobre una idéntica motivación ideológica: el «porqué» del actuar humano en presencia de determinadas circunstancias. Lo mismo ocurre en otra novela inédita del escritor, «Anzuelos para la lubina», que hemos tenido la suerte de leer en ejemplar mecanografiado.

Angel desea poner en orden sus ideas; conocer las causas que le llevaron al homicidio; averiguar las razones que paralizaron sus dedos cuando se puso la pistola en la sien, con el propósito de acabar, con su muerte, una historia de oprobios. El pasado y el presente van a jugar, por lo tanto, la carta decisiva de su porvenir. Por eso busca para reflexionar un pueblecillo remoto, limpio de las miasmas que la civilización deja, como ineludible tributo de su paso, en las ciudades. Pero allí sólo encontró, agazapados y dispuestos, a la presa, los egoísmos y las turbias pasiones de todos los sitios. Únicamente dos personas, de contenido vital, precisamente, negativo, influirán sobre él: Agripina, y Cosme, una mujer de vida airada, y un retrasado mental.

A lo largo del relato los recuerdos fluyen a la mente del protagonista, y así vamos enterándonos de las diversas peripecias que conformaron su vida. Como, por otra parte, sabemos desde las primeras páginas, que salió de la cárcel, nuestro interés se encadena de episo-

dio en episodio, acuciado por el deseo de llegar a la culminación dramática que centra la vida del protagonista. Sin embargo, Manuel Arce tiene el acierto de no enfrentarnos directamente con ese acto, aludido en algunos momentos de la narración como engarce necesario para realzar la situación actual del personaje, visto siempre sobre tres planos superpuestos: el de la niñez y primera juventud, con el inicial trauma erótico provocado por una vendedora de pan; el que se organiza en torno a sus éxitos profesionales, y a su fracaso matrimonial; y, por último, el derivado de su condición de homicida. De esta forma la psicología de Angel aparece expresada en profundidad.

El desenlace de la novela —¿tiene, en verdad, desenlace?—, apunta hacia consecuencias de incomunicación humana, y, por ende, aparece teñido con los caracteres del pesimismo existencial que hoy invade la sociedad, expuestos al comienzo de esta nota. Agripina, la mujer de vida airada, antes mencionada, sabe que el sufrimiento comienza precisamente cuando empieza la esperanza. Cosme se suicida, pero Cosme es un ser de arcana ideología, que sufre físicamente, sin posibilidades de abrirse a ningún halago del mañana. Y Sor Margarita, la monja que en cierta ocasión le asistió en la Enfermería de la Cárcel «no estaba en el mundo para comprender ni para juzgar en nombre de los hombres». Por eso Angel admite, al final de su aventura, que sólo le es posible resignarse a seguir viviendo, ya que las cosas suceden «porque deben suceder». El nihilismo de la vida cotidiana, o la fuga hacia las regiones vagas y acogedoras de la religión...

Con *La tentación de vivir* su autor, Manuel Arce, nos ofrece una novela incursa en la temática de la vida actual, escrita con objetividad. Su prosa es en todo momento fluida y expresiva, sin reiteraciones ni morosidades. Los personajes y los ambientes delatan siempre una acabada observación de la realidad, y lo que en ellos puede aparecer como una carga simbólica, es únicamente el reflejo de los enigmas que envuelven, con su desconcertante claroscuro, la esquiva e inevitable presencia de esa realidad. *La tentación de vivir* resulta, por todo ello, una excelente novela.

J. VILLA PASTUR

B. E. VIDOS, *Manual de Lingüística Románica*. Traducción de F. de B. Moll. Madrid, Aguilar, 1963.

En esta misma revista (X, 1960, pp. 446-450) se dio cuenta de la segunda salida pública de este útil libro, que, en versión italiana del pro-